

LA MUERTE DEL PRÍNCIPE

M. Eugenia Lorenzini *

Profesora de Castellano. Magíster en Gestión y Administración Educacional.

Editora en Editorial Forja. Jefa de las Carreras de Traducción e Interpretación, Escuela Americana de Traductores e Intérpretes (EATRI, IP).

Este trabajo fue recibido el 22 de abril, 2005. Aceptado en versión corregida el 29 de julio, 2005

Era muy lindo, ¿sabe?, el más lindo de toda la escuela. Mis compañeras se morían por él. Cuando lo veían venir, se arreglaban el cabello, se subían levemente el *jumper* y caminaban contorneándose como esas modelos de la "tele" para atraer al menos una de sus miradas... Yo, en cambio, no me atrevía ni a levantar la vista: era la nueva y nunca un chico se había fijado en mí. No te preocupes, me decía mi madre, cuando por las noches iba a mi habitación a tenderse a mi lado y, como si aún fuera pequeña, deslizaba su dedo desde la frente a la nariz, obligándome a cerrar los ojos. Ya llegará un príncipe que convertirá a mi capullo en flor, agregaba. Yo entonces, entre sueños, lo imaginaba sonriéndome y con ese brillo especial en los ojos que había visto tantas veces, mientras con un libro en la mano, lo espiaba desde lejos.

Y mi madre tenía razón, ¿sabe? En todo siempre tuvo razón.

Un día, de pronto escuché su voz a mis espaldas... ¿Qué lees?, me preguntó algo más serio que de costumbre. No me salió la voz y, como una tonta, solo atiné a mostrarle la tapa del libro de uno de mis poetas favoritos. A mí también me gusta Teillier, me dijo: "*Pocos saben aquí lo que es un poema / pocos han puesto su cara al viento en medio de un trigal / pocos saben lo que es un poeta / y cómo debe morir un poeta*".

Lo he leído muchas veces, agregó. Yo me quedé boquiabierta y debo haber parecido retardada, porque él se largó a reír. Entonces también me reí y pensé que él era perfecto.

- Por favor, señorita Luisa, deme algo más fuerte. Todavía me duele mucho.

-¡Ya!, tranquilita. El calmante demora unos momentos en hacer efecto. Mejor piense en otra cosa.

Todavía en lo único que puedo pensar es en él, ¿sabe? Desde ese día comenzó a pasar conmigo todos los recreos. Las demás me miraban con envidia y me bombardeaban con preguntas... ¿Ya fue a tu casa?, ¿te invitó a salir?, ¿te besó?, ¿lo hicieron? Otras, en cambio, me advirtieron, poniendo cara de preocupación: dicen que varias de las chicas mayores salen con él por las noches, y esas ojeras y cara de sueño con que llega por las mañanas es solo por el *carrete* nocturno en Bellavista o Suecia, donde lo han visto muchas veces. Yo pensé en sus ojos dormidos y no les creí. Seguro se quedaba leyendo, como yo, hasta altas horas de la noche.

Una tarde veníamos de vuelta del colegio. De pronto me detuvo y con ambas manos tomó mi rostro y me besó. Fue un beso dulce, suave y con tanta ternura que los ojos se me llenaron de lágrimas. Él me abrazó en silencio.

Mi madre se dio cuenta de que estaba enamorada. Todos se dieron cuenta, aunque él me pidió que no contara nada en la escuela, para no sufrir esas bromas infantiles, me dijo, que a la larga solo molestaban. Por eso, será un secreto entre tú y yo.

Por las tardes nos encerrábamos en mi pieza a escuchar música, leer poemas y besarnos con pasión.

* Correspondencia e-mail: melorenzini@hotmail.com

Una noche mi madre se tendió en mi cama, como tantas veces, pero estaba seria y no me hacía los mimos de costumbre. Me molesta que te encierres en la pieza con ese joven, me dijo de repente bastante disgustada. Solo tienes 14 años y no está bien. Para eso está el *living*, allí se reciben las visitas en esta casa... Pero aquí tengo mi música, mis libros, mis fotos y todas mis cosas, respondí enojada. Además todas mis compañeras se reúnen con sus amigos en el dormitorio, me defendí. No bastaron mis argumentos. Así será, pero no está bien, insistió, y luego se fue cerrando con fuerza la puerta.

Me dio mucha rabia. Y yo que creí que mi madre era distinta de las demás, pensé, recordando las palabras de otras jóvenes del colegio. Piensa que todavía soy una niña. ¿Por qué no me entiende?

- Ayúdeme a sentarme un poco, señorita Luisa, me falta el aire, y a lo mejor así también me duele menos.

- Está bien, pero sería bueno que se quedara calladita y descansara, como le recomendó el médico.

- No puedo. Cuando estoy en silencio me siento muerta.

Desde entonces nos juntábamos en su casa. A sus padres no les importaba que pasara tardes enteras con sus amigos en su pieza, me aclaró desde el primer día. De hecho, su madre casi ni me hablaba. Solo un beso al llegar y otro de despedida. Y eso, cuando estaba en la casa.

Una tarde nos tendimos en su cama. Fue como un juego, ¿sabe? Con cada beso, con cada caricia fui sintiendo que mi cuerpo le pertenecía y él era mío, solo mío.

Por momentos recordé a la señorita de biología, que el óvulo, que los espermios y las carreras hasta llegar a la meta y otra vez los óvulos y los espermios hasta que entonces... Pero ella también nos hablaba de los profilácticos, ¿sabe? Lo hacía despacito para que en el colegio no fueran a enterarse.

Nos explicaba con dibujos cómo había que usarlos. Mientras exponía, en la sala se escuchaban risas, las risitas nerviosas de mis compañeras al ver las láminas de Miss Laura. Más de alguien, además de reírse, decía que era una vieja cochina, aunque no debe haber tenido más de 30 años, y de un día para otro dejó de venir al colegio. Una señora de rostro agrio la reemplazó sin que nadie nos diera ni la más mínima explicación.

Pero aquella tarde, mientras tocaba esa piel desnuda, con vellos suaves y olorosos, recordé a Miss Laura... y, aunque por las fechas no había ningún peligro, me dio miedo... quise seguir las recomendaciones de la profesora... pero no me atreví.

No me atreví a pedírselo, ¿sabe? Era tan lindo y no quería perderlo. Él era mi príncipe y yo su princesa. Todo era perfecto.

- Tengo miedo, señorita. Por favor, tome mi mano y no la suelte, se lo ruego.

- Déjeme primero secarle esas lágrimas y trate de calmarse.

Yo lo amaba, ¿sabe? Y creo que él también, por eso lloraba cuando me lo contó. Al comienzo no podía creerlo, luego me dio mucha rabia y lo odié, lo odié con toda mi alma, pero después me quedé a su lado hasta el último día.

- No se vaya, no me deje sola, señorita Luisa. Esta noche siento que ya comienzan a rondarme los fantasmas.

- Estoy a su lado y ya llamamos a sus padres y a su hermano. No se agite que le costará más respirar.

¡Pobre mamá! Cuando todo se supo, con la cabeza a dos manos no se cansaba de repetir: ¿Por qué? ¿Por qué?

Entonces recordé las palabras de Tagore y le respondí con tristeza:

"El príncipe pasó por aquí, madre, y yo le eché a su paso mi mayor tesoro".